

MISTERIO

CLAIRE GRADIDGE

EL RETORNO
INESPERADO DE
JOSEPHINE FOX



Un pasado del que nadie le habla, un cadáver que nadie reclama y un secreto que nadie ha podido desvelar. ¿Lo logrará Jo?

Abril de 1941, Romsey, Inglaterra. Hace más de veinte años que Josephine Fox, Jo, no pisa el pueblo en el que nació. Nunca supo quién era su padre y su madre jamás hablaba de él, tampoco su abuelo controlador. Siendo hija ilegítima, siempre fue la vergüenza de la familia. Sin embargo, un día decide volver al que fue su hogar a pesar de todo para descubrir el secreto que se esconde tras su propio nacimiento, un secreto que su familia ha guardado celosamente durante años.

Cuando llega al pueblo, acaban de bombardearlo los alemanes, y todos se afanan en buscar entre los escombros a los que estaban en el *pub* en aquel momento: siete personas. Sacan los cadáveres, pero la sorpresa llega cuando, en lugar de siete cuerpos, aparecen ocho. El octavo es el de una adolescente a la que nadie dice conocer. ¿Quién es? ¿Cómo llegó allí? Y, lo más importante, ¿quién la mató? Jo decidirá investigar el caso con la ayuda de Bram Nash, un antiguo amigo y el abogado local, para descubrir quién era esa muchacha. Lo que ella no espera es que, al hacerlo... desvelará también su propio pasado.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A Nick, por todo

PRÓLOGO

14 y 15 de abril de 1941: en el cielo del sur
de Inglaterra

Hay luna llena, idónea para el bombardeo. A seis kilómetros, el estrecho de Solent brilla como la cola de una sirena y muestra el camino a la ciudad con tanta claridad que apenas importa que todo esté a oscuras como medida de precaución. Los astilleros, los talleres aeronáuticos y las dársenas resultan inconfundibles. Los primeros aviones Junkers siguen el curso del agua y sueltan los explosivos sin esfuerzo, como si no estuviesen más que arrojando huevos.

Los objetivos se difuminan cuando se propaga el fuego. La ciudad responde con armamento antiaéreo, que derrama un sentimiento de desafío por el cielo. Atrapado en el flujo de las balas trazadoras^[1], un soldado se vuelve de repente mirando hacia su casa. La maquinaria, que traquetea, suelta humo mientras propulsa la munición a dieciséis kilómetros de distancia de su objetivo e ilumina lugares oscuros como si fuera Navidad.

Sin ser consciente de ello, las aeronaves han añadido siete muertes más a su historial antes de que el avión de caza Beaufighter las derribe apenas un minuto después. No obstante, al día siguiente, cuando el equipo de salvamento desentierre a la última víctima mortal de lo que queda del pequeño *pub* a las afueras de Romsey, en Hampshire, habrá un cuerpo a mayores que llevar a la morgue provisional. No son siete cadáveres los que apare-

cen, sino ocho: ocho muertes violentas que habrá de investigar el abogado forense del pueblo.

CAPÍTULO 1

La misma noche en el suelo

El tren sale de Londres a medianoche. Yo había llegado demasiado temprano: tuve que esperar a que se llenasen los vagones y a que el laberíntico procedimiento de desplazamientos en tiempos de guerra nos permitiese ponernos en marcha. Ahora, en el compartimento de tercera clase en el que me encuentro, donde imperan las tonalidades azuladas a causa de la falta de electricidad, el resto de los viajeros duerme y mantiene la compostura ante el peligro. *Mientras la amenaza no llame a tu puerta...*

No obstante, no puedo dormir. No se debe a las bombas, a las que estoy acostumbrada. Es por lo que está por venir.

Romsey.

Ha pasado tanto tiempo.

Me había prometido a mí misma que nunca regresaría. Si no me querían, les demostraría lo que era capaz de hacer por mi cuenta. Nunca había vuelto a poner un pie en ese sitio. Así es como piensas a los catorce, cuando la vida se te desmorona, y aunque sea una ridiculez sentirse igual casi con cuarenta años, así es. Estoy nerviosa, pero no tengo otra opción. Para descubrir la verdad, he de volver.

Echo un vistazo por el agujero de la persiana. Antes de la guerra, este paisaje bañado por la luna habría sido armonioso, de una hermosura lóbrega, pero esta noche, se filtra en el vagón el quejido lejano de las sirenas, que alertan de bombardeos aéreos. Nos persiguen de manera

cansina durante nuestra travesía y hacen que nos desviemos a kilómetros de distancia de nuestro camino. Observo el reiterado fulgor de las bombas incendiarias en la lejanía, los oscuros pueblos que se alumbran de pronto, apretujados los unos con los otros, y la caída de los explosivos a cámara lenta: son destellos, como en las películas, con la excepción de que esta es una lucha a vida o muerte.

Ya no queda mucho.

Cuando despunta el alba, el tren continúa parándose con mayor frecuencia de la que se mueve. Si la maleta que traigo no pesara tanto, podría ir a pie desde aquí.

Sin embargo, espero y por fin logramos llegar a la estación de Romsey. No ha cambiado nada: el jefe de estación sigue a la espera en la salida, alerta por si hay chivatazos o personas que traten de no pagar el viaje. El anciano Bunny Burnage examina mi billete, sin apenas mirarme a la cara. Creo que no me reconoce, pero no puedo evitar recordar todas las veces que nos sorprendió jugando cerca de las vías de tren.

Recuerdo que colocábamos monedas en el carril para que los trenes de larga distancia las aplastasen. La pandilla al completo bromeábamos y nos retábamos a cruzar las vías cuando un tren se acercaba. Buscábamos problemas y los encontrábamos.

—La moneda va a hacer que descarrile el tren —dice Billy.

—Qué va. La va a partir en dos —responde Bert.

—A ver, mirad esto. —Abe saca algo del bolsillo y nos lo enseña. Miramos, porque Abe es el líder y todo lo que dice va a misa—. Se va a quedar así de plana. Además de caliente, si es que no sale disparada.

—Eso es traición —interviene Jem, mientras toca la superficie aplastada e irregular con el dedo—. Mi padre dice

que...

–Mi papi es un poli, mi papi es un poli... –nos burlamos de él.

–Mi padre dice que te pueden cortar la cabeza por estropear una moneda, que puedes acabar en la Torre de Londres, junto a los espías, y morir de un disparo.

–Mentira cochina –canturreo–. No te pueden disparar y decapitar a la vez.

–Sí que pueden, pelirroja.

–No te pueden matar dos veces, burro.

Furiosa, corro hacia las vías, que ya comienzan a vibrar porque se acerca un tren. Dado que soy la única chica de la pandilla, tengo que demostrar mi valía constantemente. Cuando deposito la moneda se escabullen y Bunny Burnage viene hacia mí con pasos decididos, bloqueándome la salida mientras el tren ruge a su paso, envuelto en una cortina de humo. El impacto de su movimiento casi me arrolla, pero agarro la moneda justo a tiempo y me la meto en el bolsillo. Me hormigean los dedos por el calor y me pitan los oídos a causa del golpe que me propina el jefe de estación cuando me alejo entre tropezones.

–¡Josephine Fox! –grita–. Cómo no. Habrías tenido tu merecido si te hubiera matado. Se lo contaría a tu padre si alguien supiese quién es. Lárgate, bastarda, y no vuelvas.

 asteriscos.jpg

Y me largué. El calor de la moneda y de la bofetada que me llevé se habían enfriado para cuando me reuní con la pandilla, pero el desprecio del jefe de estación me siguió quemando durante mucho tiempo. En cierto modo, todavía me exaspera, por lo que cuando se toca el sombrero y me llama «señora», me entran ganas de reírme y retarlo a que me llame «bastarda» a la cara, ahora que soy adulta.

Empujo la maleta hacia delante.

–Me gustaría dejarla aquí por ahora.

–¿Contiene sustancias nocivas, artículos perecederos o seres vivos?

–No.

–Le costará tres peniques.

Me entrega un recibo de color rosa.

–No podrá reclamarla sin el recibo –me advierte, antes de lamer el reverso del talón y pegarlo en la esquina de la maleta.

Desde la empresa, Southern Railway, le recordamos que no nos responsabilizamos del extravío y deterioro del equipaje en circunstancias bélicas.

No puedo evitar sonreír.

–Confío en que Romsey sea un lugar seguro, ¿no es así?

–Con todos los respetos, señora, no está al tanto de lo que ha ocurrido. Ayer por la noche, un chivatazo nos alertó de la llegada del enemigo. Arrasaron con Cricketers' Arms. Todavía están desenterrando los cuerpos, por lo que sé. Están todos muertos.

–¿Se refiere a al antiguo *pub* de Green Lane? Qué desgracia.

–¿Lo conoce? –Se acerca para examinarme cuando me dispongo a alejarme–. Aguarde un momento. Usted se parece a...

Hago como si no lo oyera y continúo andando.

CAPÍTULO 2

15 de abril, Romsey

En todos los casos en los que la muerte sea repentina [...], quienes se encuentran con el difunto tienen el deber de comunicarlo de inmediato al encargado de investigar las causas de la defunción. Si cabe la posibilidad, se debería hacer mientras el cuerpo siga fresco y en las mismas condiciones del momento de la muerte.

—*Jervis on Coroners*, 1927:24.

Cricketers' Arms nunca se asemejó a una de esas pintorescas posadas que aparecen en las guías de viaje. El edificio de ladrillo, desagradable a la vista, permaneció en la calle en soledad casi un siglo. Era un *pub* al que acudían los labriegos para beber al final de la jornada, un lugar de renombre, un lugar discreto, donde un hombre podía beber sin que nadie lo importunase, siempre y cuando abonase el importe.

Ahora, la brillante luz del sol matinal deja entrever por dónde atravesó la bomba el edificio. Aunque la mayor parte del *pub* ha acabado destruido, una de las esquinas se mantiene erguida casi hasta la altura del techo. El marco de hierro de una cama se balancea con precariedad y la brisa agita los trozos del papel de las paredes. A los pies del muro, entre cúmulos de escombros y madera desperdigada, hay una grieta estrecha que se hunde en el vacío que hay debajo.

Escortado por el equipo de salvamento, el abogado forense de Romsey está a la espera. Bram Nash es consciente de lo afortunado que es, aunque ese sentimiento no

anide en su ser. Él mismo podría haber terminado bajo los escombros. Hace menos de doce horas, estaba sentado dentro del *pub*, intentando alargar el *whisky* que bebía mientras observaba los rostros que iban y venían.

Los conocía a todos: a la anciana Bryall, con cara huraña y vulgar; a Fred, que nunca decía ni mu, al afligido Fred que veneraba a Bryall; a Henry y Bob, con sus fichas de dominó, y a la pobre May, que siempre limpiaba la chimenea de rodillas junto al fuego.

Al joven Stan Hoskin lo habían llamado a filas esa mañana. Estaba orgulloso y asustado, embriagado con ese sentimiento de gloria que otorga la guerra. Nash recordaba esa sensación. Vio cómo Stan flirteaba con Sal, o tal vez era Sally la que flirteaba con Stan. Era lo bastante mayor como para ser su madre, pero ningún chico tenía por qué ir virgen a la guerra con Sal cerca. Siempre hacía favores a los soldados, fueran como fuesen: jóvenes, viejos, lisiados... Para ella, nada de eso importaba.

A pesar del sol y de la brisa persistente, Nash tiene la sensación de que esos recuerdos lo están asfixiando, de que lo sepultan bajo la presión de la tierra y de los escombros. El equipo de salvamento no hace ningún ruido ahí abajo, no se oye conversación alguna. Trabajan con diligencia, parándose una y otra vez para escuchar. Para llamar.

—¿Hay alguien ahí?

Nada.

—¿Hay alguien?

Se frota la cara e intenta olvidar qué se siente cuando a uno lo entierran vivo y trata de no pensar en los que están enterrados sin vida.

A la hora del almuerzo, se preparan para que Alf descienda por una cuerda. Es el más pequeño, el más delgado, y la juventud lo mantiene impávido. Una voz se alza entre los escombros y trata de hacer que desista.

–Déjalo ya, compañero, no hay esperanza. No vale la pena arriesgarse.

Con todo, Alf se niega a que lo saquen. Todos esperan mientras escarba por el borde. La antorcha destella en la oscuridad. Después, se oye su voz.

–Hay una chica justo aquí. No está enterrada ni nada. – Hace una pausa—. Bah, está muerta. Fría.



De pequeña, soñaba con entrar en el hotel más aclamado de Romsey, con beber té y comer pan con pepino, como toda una señorita, pero esta tarde, la realidad de la guerra es bien distinta y he de contentarme con un sucedáneo de café de la marca Camp y una galleta dura.

La sala es sombría y está prácticamente desierta. Las lámparas están apagadas y la única iluminación se encuentra donde estoy yo sentada, cerca de una ventana que da al mercado desde lo alto. A una distancia segura y muy británica, un anciano con aires de abogado que viste un traje azul marino de raya diplomática está repantingado en un asiento, con la cabeza hundida en un periódico. Detrás de él, dos hombres recios que llevan trajes de *tweed* mantienen una conversación. Puedo percibir el murmullo de sus palabras, pero estoy demasiado lejos como para entender lo que dicen.

Reconozco al que está frente a mí: el señor Maitland, corpulento, desagradable y al que cada vez le queda menos pelo, era el dentista de mi familia. De pequeña, lo detestaba por la forma en la que parecía gozar con el dolor que me infligía. Por aquel entonces, me parecía más viejo que Matusalén, pero ahora no debe de tener más de sesenta y algo. No conozco al otro hombre, pero lo observo con detenimiento de todos modos. Por mucho que me disguste pensarlo, debo admitir que la edad de ambos se

acota a los parámetros de mi búsqueda. Cualquiera de ellos podría ser mi padre.

Me invade la repugnancia mientras doy un sorbo al dulce sucedáneo de café. Todavía no me lo puedo creer. No me puedo creer que se encuentre con vida en algún lugar de este pueblo.

Llevaba toda la vida creyendo que mi padre estaba muerto, que falleció antes de que yo naciera, y que por eso mi madre había tenido que enfrentarse a la desgracia que supuso mi nacimiento en soledad. A Nell la desterraron del pueblo como a una joven en una novela victoriana; de ahí que mis abuelos se hubiesen hecho cargo de mí. Supongo que habría descubierto la verdad si se me hubiera permitido permanecer en Romsey, si hubiera vivido en el pueblo de adulta, pero cuando casi tenía catorce años, mi abuela murió. Sin la protección que me otorgaba su presencia, a mi abuelo no se le ocurrió motivo alguno por el que debiera mantenerme a su lado. Siempre supe que mi existencia lo avergonzaba, que detestaba que fuera ilegítima, pero tras la defunción de mi abuela, descubrí que no solo me odiaba por eso. Me odiaba a mí.



—¿Adónde vamos?

El abuelo no responde. Me parece un atrevimiento hacerle preguntas, pero si consigo que pierda los estribos, al menos tendrá que decir algo. No me dirige la palabra desde hace días, desde la muerte de la abuela. Ni siquiera me habló ayer, en el funeral.

A primera hora de la mañana, mi tía Mags vino a verme y me dijo que metiera una muda de ropa en la bolsa. Ella había estado llorando, como todos, a excepción del abuelo. Últimamente, parece como si fuera de piedra. En el funeral, fue el único que no necesitó un pañuelo.